

José Bergamín

**La decadencia
del analfabetismo**

**La importancia
del Demonio**

Prólogo de
Gonzalo Penalva Candela



Ediciones Siruela

Índice

Prólogo

Gonzalo Penalva Candela 9

La decadencia del analfabetismo 21

La importancia del Demonio 59

Prólogo

La letra mata el espíritu.
J. B.

José Bergamín, en uno de sus aforismos más citados, afirma que «existir es pensar; y pensar es comprometerse». Cuando Unamuno comenta el aforismo, duda de que el autor conozca el alcance y la hondura de lo expresado, nosotros añadimos que no sólo lo conocía sino que, además, constituyó el santo y seña de su vida y su obra. En Bergamín, el pensamiento se hace dialéctico, vivo, desbordante, siempre comprometido y polémico.

Los dos ensayos que el lector tiene en sus manos, son un claro ejemplo de esto. No se da nunca en el escritor madrileño un pensamiento neutral, más allá del bien y del mal, sino todo lo contrario: el lector de

sus escritos podrá estar de acuerdo o no con sus planteamientos, pero nunca permanecerá indiferente.

En 1930, Bergamín era uno de los escritores jóvenes que más expectación despertaba con sus escritos y sus frecuentes conferencias, dentro y fuera de España. María de Maeztu, entonces directora de la Residencia de Señoritas de Madrid, lo invitó para que pronunciase allí una conferencia. Bergamín aceptó, pero consciente del revuelo que podía producir con su intervención le escribió una carta en la que –después de anunciarle el título, «La decadencia del analfabetismo»– adelantaba alguna idea contenida en su discurso, como la consideración de «las letras como perturbadoras de la vida y del pensamiento: como enemigas de la verdadera cultura». Tras pedir opinión sobre el enfoque, la conferencia llegó a pronunciarse, siendo publicada poco después como ensayo, que es el que hoy se reedita.

No era de extrañar el recelo bergaminiano por el efecto que pudieran causar sus originales ideas en un público joven pues, cuando en junio de 1933 se publica el ensayo, hubo quienes, por quedarse sólo

en la letra y no oír la palabra, no entendieron nada y criticaron públicamente el texto bergaminiano. Sin embargo, *La decadencia del analfabetismo* sorprenderá al lector, sin duda alguna, sesenta años después de haber sido escrito.

Bergamín expone en este texto una serie de ideas fundamentales de su creación literaria, oponiendo los valores académicos, alfabéticos –por estériles–, a los valores espontáneos, analfabetos –por creadores– propios de la cultura popular, del niño. Porque no es que el niño, dice el pensador, no tenga razón antes de usarla, sino que la tiene intacta, pura, analfabeta. La identificación entre niño y pueblo es muy frecuente en los textos bergaminianos. El pueblo es niño mientras preserva su estado de inocencia: analfabeto. El escritor madrileño rechaza la cultura literal porque persigue el analfabetismo y esteriliza la imaginación, el mundo espiritual y, por tanto, la poesía. Por eso dice que «el orden alfabético es el mayor desorden espiritual». Cuando la poesía se literaturiza, interrumpe la fluidez creadora y esteriliza el pensamiento. A esta cultura literal, Bergamín opone otra cultura espiritual:

la del pensamiento, la de la imaginación, la de la palabra. La palabra contra la letra.

Esta defensa del analfabetismo, así entendido, puede parecer escandalosa, arbitraria o equivocada, pero está en la esencia del pensamiento bergaminiano, quien manifiesta una y otra vez su anti-academicismo, como puede verse en su farsa *Los Filólogos*.

Muchos años después, en 1947, Bergamín impartió unos cursos en la Universidad de Caracas. Allí, las autoridades académicas le obligan a examinar y calificar a sus alumnos. El poeta se resiste y ante la insistencia de las autoridades califica a todos los alumnos con la nota máxima, presenta su dimisión y al día siguiente publica un artículo, «Good bye, Mr. Ciruela» –prácticamente desconocido–, en el que explica lo que entiende por literatura y lo que ha querido hacer en sus clases: tratar de pulsar verdades, «verdades claras». Y pulsarlas procurando verlas reflejadas, transparentadas por la poesía, por la palabra. Recuerda en este artículo a sus alumnos que «escuchaban como el que oye llover, que es como la semilla en su surco aprende

a escuchar profundamente el rumor de la lluvia que la fecunda». Y describe de manera magistral su labor docente cuando, a continuación, dice: «Porque ese rumor de agua viva no era el de mis palabras propias sino el que yo iba tratando de recoger y encauzar por las sementeras de la eterna palabra española popular de nuestra poesía: en místicos y santos, en poetas y filósofos españoles». ¿Cómo medir ese «rumor de agua viva»? ¿cómo pedir explicación a los alumnos de lo que el propio escritor considera inexplicable? «¡Quise explicarlo inexplicable! (...) Poresome retiro. Me retiro de profesar enseñanzas tal vez imposibles.» Después, ofrece una «explicación sentimental» a sus alumnos: «Mi retirada no es huida. Yo no huyo ni rehúyo el decir la verdad sencillamente, en cristiano español, como la dijeron los clásicos míos. Huyo y rehúyo de falsificarla o mentirla engañosamente, feamente, disfrazándola de pedagogías o metodologías. Huyo de mentir la verdad o de callarla disimulándola, más o menos pedagógicamente». Explicar lo inexplicable: la inspiración, la poesía, la palabra, la vida. Por el contrario, la letra, como las pedagogías o metodo-

logías, «vienen a robar la palabra viva del hombre», dice el poeta en *La decadencia del analfabetismo*. Y lo hace con pies de plomo: «Porque el pie de la letra, o los pies de la letra, son de plomo... y pisan las cosas aplastándolas para exprimir las; por sacarles el jugo; dejándolas secas y muertas».

Para Bergamín, la voz del pueblo, analfabeto niño, es la voz divina. Esa palabra, esa voz popular la ve el poeta madrileño en dos manifestaciones: en el cante hondo andaluz y en el teatro popular español. El romántico Bergamín habla de la niñez espiritual como un estado de gracia y libertad, de inocencia, en el que únicamente se dan las condiciones para que la fuerza de la inspiración alumbre la obra de arte, la poesía. «La decadencia del analfabetismo es la decadencia de la cultura espiritual cuando la cultura literal la persigue y destruye», porque todos los valores espirituales quiebran si la letra, la letra sin vida, la letra muerta sustituye a la palabra y mata el pensamiento. La cultura alfabética, dice el escritor, ha llevado a una paralización general y progresiva del pensamiento. Por eso rechaza el orden alfabético internacional de

la cultura que nació de los enciclopedistas. Consecuentemente, unos años después, en junio de 1936 en Londres, como representante español de la Asociación Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, manifestará su oposición a la iniciativa del proyecto de preparación de una nueva enciclopedia universal, porque «la letra mata el espíritu», afirmó categóricamente.

En 1932, es invitado por su amigo Arturo Soria a participar como conferenciante en una serie de actividades culturales. Bergamín acepta, pero lo hará defendiendo estas mismas ideas. Una de las conferencias, recogida con carácter póstumo por Nigel Dennis y titulada significativamente «La persecución del analfabetismo», es un calco del ensayo que estamos comentando: «Los derechos del analfabeto son los mismos del niño prolongados espiritualmente en el hombre y son los derechos más sagrados, porque expresan la única libertad social indiscutible: la del espíritu; la del lenguaje creador humano: la del pensar imaginativo del hombre». La conclusión a la que llega Bergamín es terminante: «La decadencia del

analfabetismo es, sencillamente, la decadencia de la poesía». En la España de 1930, con grandes núcleos de población sumidos en la más absoluta ignorancia, la tesis defendida por Bergamín puede parecer chocante, insolidaria, retrógrada o equivocada. Pensamos, por el contrario, que hay que entender el ensayo como un rechazo a cuanto de vacío, ficticio o de falsa erudición hay en la cultura que se quiere transmitir. «Por eso hay que defender el analfabetismo en España, ahora más que nunca amenazado», dice, «porque defender el analfabetismo y sus derechos es defender la espiritualidad creadora, generadora de un lenguaje, que es el espíritu creador de un pueblo: su poesía y su pensamiento».

José Bergamín, como hombre profundamente religioso que fue, escribió en uno de sus aforismos: «La fe es el ritmo vivo del pensamiento». Pero no sólo la fe, también la duda. Es decir: la fe viva. La fe que, si bien es don, regalo, carisma, supone por otra parte tensión, esfuerzo. Ésta es la fe que lleva a obrar, que alimenta y vivifica la vida humana; no una fe-opio o

adormidera, una fe sin obras, muerta. En *La importancia del Demonio*, ensayo escrito en 1932 y publicado un año después en la revista *Cruz y Raya*, la tesis que defiende Bergamín está en perfecta comunión con la tradición católica: para creer en Dios, necesitamos admitir la existencia del Demonio, aunque el autor de *El clavo ardiendo* afirme en otro lugar que el Demonio no es cuestión de creencia. Todo lo contrario de Dios, al que solamente se puede creerlo. Y añade que «nuestra experiencia del Diablo es increíble».

Siguiendo las ideas de San Agustín, el autor señala que el Demonio es no un no ser, no nada, sino una voluntad de no ser, una voluntad de la nada. Ernst Bloch afirma en *Sujeto-Objeto* que la negación hegeliana es la esencia misma del Demonio, base de toda destrucción de lo establecido. El autor de *El cohete y la estrella* añade que si Dios *es el que es*, y el Demonio quiere ser como Dios, tendrá que serlo en todo lo contrario: en la nada, en lo que no es. Por eso es luz tenebrosa, voluntad luminosa de la tiniebla y de la sombra. Para André Gide, no hay obra poética, artística, verdadera sin colaboración del Demonio; a

lo que el ensayista español añade que no hay obra poética verdadera en la que no podamos percibir claramente como enigma de su vitalidad esta ineludible oposición espiritual del Demonio. Toda creación es imposible sin la colaboración y presencia enérgica del Demonio, ya que cualquier creación lo es porque se hace contra el Demonio, adversario de toda creación humana o divina. En este sentido, Giorgio Agamben afirma que todo acto creativo es, al mismo tiempo, una representación del adversario de cada creación, y que todo acto poético es, a la vez, una repetición simbólica de la caída demoníaca de los ángeles rebeldes. «En la pérdida del Paraíso», escribe Bergamín, «acaba la poesía y empieza la novela del hombre». Como la vida de Don Quijote empieza donde Cervantes lo abandona, así la novela del hombre empieza a las puertas del infierno, «más acá o más allá, pero siempre fuera del orden divino». De esta manera, el Demonio es la voluntad de la muerte, porque no podemos sentir la muerte sino como una voluntad contraria a Dios, contraria a la vida. En la línea de Bergson, Bergamín señala que el Demonio divide

nuestro total sentido humano de la vida en muchos otros, y así consigue que la percepción que tenemos del mundo sea una percepción confusa, lo cual lleva a quien ha perdido su fe, o a quien no la ha tenido nunca, a perderse supersticiosamente en la vida y perder su vida en la superstición infernal de la muerte. «Dejar lo cierto por lo dudoso es dejar la muerte por la vida, es dejar al Demonio por Dios: cambiar, en definitiva, la certeza por la fe. De la superstición del Demonio no se sale más que por la fe en Dios». Bergamín nos plantea en este ensayo una dialéctica cualitativa entre Dios y el Demonio, que, aun emergiendo uno del otro, son enemigos implacables que se combaten sin unirse jamás. Esta contradicción viva y permanente de luz y tinieblas, ser y nada, aviva y tensa el vuelo del espíritu, pero nos deja prisioneros de un antagonismo que nunca se resuelve. Si no hay que quitarle al Demonio toda su importancia, tampoco hay que darle demasiada, hay que darle la justa, porque el Mal existe; pues, como dice Victor Hugo, el Diablo es «la multiplicidad del mal unida por la sombra».

Los dos ensayos que contiene este libro son, sin duda, los textos bergaminianos más reeditados y traducidos. Cuando el propio escritor los volvió a publicar formando parte de *Disparadero español* y *La voz apagada*, los colocó bajo este significativo epígrafe: «Presencia de espíritu».

Gonzalo Penalva Candela
Valencia, febrero de 2000